

siempre, pero se entendían perfectamente; y el general Joukowski y el capitán Bouvier que fueron á visitarlos fueron recibidos con aclamaciones. Al banquete sucedió un baile popular á que acudió el bello sexo de la ciudad, representado por multitud de jóvenes de rubias trenzas, de ojos azules, de regulares facciones, vestidas con su elegante traje nacional.



Parada de postas en Siberia.

bañada por ambos lados por las aguas de este bello río y rodeada de vastísimas praderas, que limitan al Sur las lejanas montañas de la Mongolia, cuyas altas cimas se ven siempre coronadas de nieve.

No puedo salir de Irkutsk sin decir algo de los desterrados políticos que se confinan aquí todos los años. Separados á su llegada de los malhechores condenados á las minas, son distribuidos en las localidades que se les señala por residencia: son bien mirados en ellas; y como el objeto político del gobierno ruso es alejarlos de su propio país y poblar los desiertos de la Siberia, se procura acomodarlos haciéndoles contraer matrimonio en el país; pero cuando intentan evadirse, se les trata sin piedad. En defini-

Este baile copiosamente rociado de *kwass* y licores, duró hasta la mañana al son de una música militar y con gran satisfacción de nuestros soldados.

El día siguiente visitamos con el general la casa de campo del gobernador general, situada en las alturas que dominan el Angara. Desde allí se descubre un magnífico panorama que comprende la ciudad,

tiva, los desterrados polacos son en la Siberia mejor tratados de lo que se cree en Europa (1) y serían relativamente felices, si algo pudiera reemplazar á la patria, esa madre que nunca olvidan los corazones generosos.

La policía está perfectamente organizada en Irkutsk. El jefe de policía que tiene el encargo de las prisiones, de los hospicios, de las rentas de arbitrios y otros derechos que se sacan del comun, es verdaderamente el administrador en jefe bajo la dirección de un go-

(1) La dirección de la *Vuelta al Mundo* deja á la autora la responsabilidad de esta afirmación. Y el traductor añade por su cuenta que la amabilísima viajera ha querido sin duda pagar la hospitalidad del ruso con esta *galantería* de mal gusto.

bernador civil que centraliza la administración de toda la provincia. Un cuerpo de gendarmería sedentaria reside en esta ciudad para conservar el orden público: su uniforme es azul claro con galones de plata y un casco que altera un poco la monotonía del gorro de piel de los cosacos.

Digamos finalmente lo que hace mas falta en la Siberia Oriental, tan rica por sus minas y su comercio: faltan brazos y sabiduría en el gobierno para atraer con buenas condiciones operarios y sobre todo mecánicos y mineros.

A la salida de Irkutsk, cerca de *Zuesk*, hay un

monasterio y una iglesia en sitio muy pintoresco que gozan de gran veneración en toda la Siberia. En Bilituisk, quedan ya atrás las márgenes del Angara que penetra en los desiertos del Norte, después se pasan dos de sus afluentes, uno de los cuales riega la estación de Maltuisk, célebre por los hornos de vidrio y las fábricas de telas de *Jabricus*. Los ríos suceden á los ríos y hay que pasar en una mala barca el Oca acrecentado por las tempestades del estío y por el deshielo de las nieves. Todo este país está accidentado y cubierto de pinos y álamos; en los valles alternan el cultivo, los yerbales y la arena.



Travesía de las pantanosas estepas de Barabas.

En Nineudinsk, pequeña ciudad de 3,000 habitantes, recibimos la visita de un médico, joven polaco, desterrado con su esposa: el infortunado sabe que en el fondo de todo corazón francés hay una verdadera simpatía hacia esta desgraciada nación. Muchos de los pueblos limítrofes tienen los nombres de Polonvinsk, Polotsk, nombres impuestos por los desterrados que han querido perpetuar en estos nuevos países el recuerdo de su perdida patria.

Kans, donde nos tomamos algunas horas para descansar, es también una pequeña ciudad asentada á la orilla del río de su nombre: compónese de una plaza rodeada de casas construidas con groseros tablones de pinabete y adornada con una catedral notable por su alto campanario y su redonda cúpula, dominada por la inevitable cruz dorada.

El camino entre Kans y Krasnoiarsk es el mejor de toda la Siberia. Arrebatados con ligereza estraor-

dinaria por vigorosos tiros que animaban nuestros postillones, que consideraban como un honor dispensado á nuestras personas hacer en diez horas los 107 *verstas* que nos separaban aun de Krasnoiarsk; pero mecidos en lugar de aporreados como de costumbre, todos nos dormimos profundamente. Yo misma vine á quedar en tal estado de sopor que solo las frescas brisas del gran río Yenisei y sus magníficos puntos de vista me hicieron abrir los abrumados ojos: hay casos en que no es sueño, sino catalepsia lo que se siente.

Hemos llegado á las ocho de la mañana á la orilla del río en frente de Krasnoiarsk: se ha desuncido al punto y se ha obligado á los caballos á pasar el vado haciéndoles entrar en la barcaza á latigazos á pesar de su desesperada resistencia, saltos y coces: yo por mí no me he movido de mi carruaje que han trasportado á bordo á fuerza de brazos: los cincuenta labrie-

gos requeridos para este servicio cantaban ruidosamente para aunar sus esfuerzos. A bordo hacían rechinar las garruchas de las cuerdas y cadenas de los cabrestantes, mientras que el patrón mandaba la maniobra á fuertes pitazos. Nada por fortuna oía yo, siempre dormida; después y cuando el silencio se restableció, vine oportunamente á despertarme. Estábamos en medio del río. ¡Magnífico espectáculo! ¡Cuánto hubiera sentido no verlo!

Nuestras grandes barcas, compitiendo en ligereza sobre las tranquilas aguas, nuestros barqueros vestidos de día de fiesta, con sus largas barbas y sus cabellos flotantes sobre los hombros, sus blusas negras plegadas y ceñidas con cinturones rojos, y sus botas de piel hasta más arriba de las rodillas, los unos remando cadenciosamente en la proa, mientras que en la popa el patrón dirigía el informe bajel con la mano en el timón, ayudado por dos marineros que sondeaban de vez en cuando el fondo con largas palancas, empujando á la espalda cuando lo encontraban, en medio de una especie de puente más elevado que la popa y la proa, nuestras calesas con sus anchas capotas, nuestros caballos piafando de inquietud y mal contenidos por nuestros criados, nuestros soldados envueltos en sus capotes y fumando en su pipa para olvidar el frío, un oficial ruso y dos cosacos enviados á nuestro encuentro desde Krasnoiarsk, y en fin, por marco de todo esto el imponente río sin márgenes como un mar, sembrado de vastas islas cubiertas de una vegetación magnífica.

La travesía del río Yenisei duró más de tres horas: fue preciso subir muy arriba por el brazo mayor para evitar las corrientes demasiado vivas, pasar á la punta de una isla más cercana al borde oriental, luego y después de haber surcado las tranquilas aguas que la rodean, hacer fuerza de remos en el otro brazo del río para evitar ser arrastrados por las rápidas corrientes y atracar en la orilla, donde se halla el lugarejo que sirve de puerto á la ciudad de Krasnoiarsk, edificada en las alturas. Allí la escarpa era tan ruda que fue menester un gran refuerzo de brazos para desembarcar nuestros carruajes. La solicitud de los operarios para todos estos fatigosos servicios es estremada; y eso que son gratuitos y repetidos frecuentemente por la falta de puentes en tales y tantos ríos. En cualquier tiempo y hora que sea, no se oye jamás una queja ni una expresión de mal humor; verdad que estos servicios se exigen por las autoridades y que los rusos tienen un respeto absoluto, increíble por todo lo que se les ordena en nombre del emperador. Hasta las once de la mañana no pudimos entrar en Krasnoiarsk.

A propósito de nuestra travesía del Yenisei, tengo que hablar de una historia que me acaban de contar y que, al mismo tiempo que prueba que puede dor-

mirse tan profundamente como yo lo hice atravesando el río, certifica el vigor de estos caballos medio salvajes, criados en las estepas siberianas que nos ha conducido por un espacio de 400 leguas en algunos días con una ligereza de 4 leguas por hora. Un cultivador de un barrio de Krasnoiarsk, que había ido á una boda que se celebraba en un pueblecillo 50 *verstas*, más allá de Yenisei, habiendo abusado del kwass y del aguardiente de cebada, se durmió profundamente con ese pesado sueño de la embriaguez, volviendo ya á su domicilio en su *hibitka*, tirado por dos briosos caballos. Los inteligentes animales, abandonados á sí mismos, y reconociendo perfectamente un camino que tantas veces anduvieran, llegaron rápidamente á la orilla del río, donde se detuvieron. Pero al cabo de algún tiempo, impacientes sin duda por la pesadez de su amo, fatigados de relinchar en balde llamando á los barqueros que también dormían, alentados en fin por el recuerdo del pienso que les esperaba en la cuadra, entraron simplemente en el agua para pasar el río á nado arrastrando consigo el enganchado *hibitka*. El dormido ébrio, se despertó de repente al sentirse sumergido en las frías aguas. El inesperado baño vino á refrescar sus ideas y habiendo recobrado su presencia de espíritu por la del peligro, juzgó preferible entregarse á la inteligencia de sus caballos que estaban ya en medio del río y se estuvo quieto en su asiento, más muerto que vivo sin osar siquiera dirigirles una voz. Júzguese cuál sería el espanto de los ribereños de Krasnoiarsk viendo aparecer á la madrugada á este nuevo Neptuno, acurrucado de un modo lastimoso, con el cuerpo hundido en el agua, flotando con su carro de adrales, cuyas dos ruedas hacían de timones y cuyos coreeles hendiendo bravamente aquel brazo de mar, arrojaban como monstruos marinos el agua por sus abiertas narices humeantes. Por fin el pobre hombre ganó la opuesta margen habiendo escapado á un riesgo terrible, porque el Yenisei tiene por este punto más de 2,000 metros de anchura, y sus corrientes y remolinos son de una espantosa violencia.

Estos caballos son tan inteligentes como bravos. Uno de los oficiales rusos que nos acompañaban, me refirió que dando con un amigo suyo una vuelta en trineo el año precedente y no llevando armas, tuvieron que sufrir una persecución tan encarnizada de lobos, que uno de sus caballos acabó por rendirse de fatiga, y que apenas tuvieron ellos tiempo para cortar el tiro del que había quedado en pie mientras que los lobos se lanzaban sobre el otro, y para deslizarse envueltos en sus capas bajo la caja formada por el trineo volcado; pero cuál fue su asombro al ver á la yegua libre cargar, en vez de huir, sobre los lobos con tanto arrojo y fortuna que las fieras huyeron dando ahullidos de dolor. Los oficiales pudieron luego reengan-

char mal que bien su trineo y volver á la ciudad sanos y salvos. Aquella tarde se contaron muchos cuentos del mismo género, algunos de los cuales no me parecieron verosímiles, entre otros la aserción de uno de aquellos señores que sostenía haber saltado á caballo y de un solo bote un barranco de 20 metros. Ya hay aquí motivo para espantar á nuestros más intrépidos aficionados al *steeple-chase*. Los rusos son los gascones del Norte, y así es que mientras uno refería una maravillosa aventura, otro me decía al paño: «No lo creáis: es un fanfarrón.» Yo por mí no garantizo más que la historia del ébrio de la boda que tiene el testimonio de todo el pueblo.

XXXV.

Krasnoiarsk.—Monumentos y habitantes de Tomsk.—Danzas y juegos militares.—Guerrilla á la luz de fuegos artificiales.—Manera de conducir los carruajes.—El río Obi.—Los Buriates descendientes de los tártaros.—Los pantanos de Baraba.—Los viajeros asaltados por moscas y mosquitos.—Magnífica vegetación.—Caballo muerto por los tábanos.—Omsk.—Pormenores de una comida rusa.—Triste escena de una mujer al recuerdo de su difunta hermana.—Los Montes Urales.—Perm y Kasan.—Recuerdo de la gran Catalina.—Feria de Nijnei-Novgorod.—Llegada á Moscou y á París.

Krasnoiarsk, edificada sobre una meseta, posee un bellissimo jardín público, trazado en un antiguo bosque de abedules, cuyos últimos árboles profundizan sus raíces hasta el río desde una altura de 80 pies. Una ancha avenida completamente plana, por donde pueden pasar muchos carruajes de frente, atraviesa este jardín y sigue todo el curso del Yenisei, cuyo panorama es espléndido: esto es lo más notable que ofrece la ciudad.

El día de hoy se ha invertido en visitas, en recepciones y paseos al referido jardín, donde la banda militar nos ha obsequiado con sus marciales tocatas. Las mujeres son muy elegantes y siempre á la última moda de Francia: otro tanto digo de los carruajes, de las libreas, del aspecto de la población. Krasnoiarsk me parece la Atenas de Siberia.

El gobernador civil, que nos ha servido de mentor, tiene una excelente esposa que me ha dado los mejores consejos de higiene y recetas para la fatiga del viaje; me ha avisado que seremos muy molestados por los cimifes al atravesar los pantanos de Baraba y ha tenido la bondad de regalarme dos redecillas de gasa, para protegerme la cara asegurándome que ella se defendió victoriosamente con esta precaución en sus numerosos viajes. El gobernador tiene también una hija de diez y seis años, niña de grandes alcances que habla de todo con una formalidad sorprendente: á su edad tiene ya opiniones políticas; es por cierto, muy liberal, y nos ha sostenido que la libertad, con su condición necesaria, la igualdad, ha de

ser un día la ley universal á que todos los pueblos han de someterse irresistiblemente. ¿Quién sabe de dónde ha podido sacar esta muchacha tales ideas, ideas que las mujeres rara vez conciben por sí solas y que tienen ordinariamente por base una pasión ó un capricho? De cualquier manera, la jóven es hermosísima, bien que exagere un poco su toilette.

Por donde quiera que he viajado, he observado que las pretendidas modas de París, las cosas más escéntricas y de peor gusto, se llevan desde luego por las damas de los países más alejados, á donde llegan ya las prendas hechas y sin que sea posible asegurarse de la aceptación del público. De aquí esas modas heteróclitas de los extranjeros que llegan á París, persuadidos que van á la *derniere*.

Solo nos detenemos algunas horas en Atchinsk, pequeña ciudad que no tiene otra importancia que ser el punto de separación de los dos grandes gobiernos de la Siberia oriental y occidental. El río Tchula, que desde aquí estoy viendo y vamos ahora á pasar, es la línea fronteriza.

Mr. Ozeroff, que nos había acompañado desde Kiakhla, acaba de despedirse de nosotros, reemplazándolo en este servicio de cortesía el teniente coronel Lerche, ayudante del general Duhamel, gobernador de la Siberia occidental. No podemos quejarnos por falta de miramientos y honores, con que en verdad nos abruma lisongeramente el gobierno ruso.

Partimos sin detención y dentro de dos días estaremos en Tomsk.

Nuestra entrada en la Siberia occidental ha sido señalada por el mal estado de los caminos que me han parecido detestables entre Atchinsk y esta nueva comarca. El paisaje es monótono, pesado, pues solo ofrece riales cortados alguna vez por un bosque de pinabetes ó algún valle que sigue el curso del agua. Aun hemos tenido que pasar en barca los ríos de *Mariúnsk* y de *Ichimsk*.

La civilización ya ha echado aquí raíces. Tomsk, la ciudad más populosa de la Siberia con *Irkutsk* (22,000 habitantes) es el centro de un gran comercio, alimentado por ricas minas de oro, de platina y de cobre, cuyos criaderos son numerosos en los montes *Altai*. Sin ser la capital de la Siberia occidental, honor que corresponde á *Omsk*. Tomsk ha eclipsado completamente á *Tobolsk*, situada en un país más frío, menos cultivado y donde la industria no tiene mejor porvenir que la agricultura. Nada tiene esta ciudad de pintoresca; sin embargo, véanse en las márgenes de un brazo canalizado del *Tom*, que la atraviesa de uno á otro extremo, gran número de casas de ladrillo y piedra, cuya arquitectura se remonta á los primeros tiempos de la ocupación de la Siberia. Algunas calles estrechas y viejos arrabales, habitados por los tártaros, forman un rudo contraste con

las anchas y rectas calles y las casas tan bien pintadas que se ven en Irkutsk y en Krasnoiarsk. También hay aquí un vasto jardín público, análogo á los que ya he descrito, con cafés, salones de baile y puestos ambulantes de todas clases. Todos los tipos de la población siberiana pueden verse aquí: buriates, kalmucos, kirghis, vendiendo, comprando y sobre todo bebiendo licores fuertes: una gran parte de sus lucros está necesariamente destinada á satisfacer pasión tan deplorable. Sin embargo, no se oyen gritos, ni querellas; todo pasa pacíficamente: hasta la embriaguez es apática entre las razas del Norte.



Campamento ruso en Tomsk.

un lujo asombroso: profusion de flores raras, de luces, de vajillas de plata y de oro macizo; con los postres no mas podria alimentarse un regimiento, lo que prueba la generosidad de la viuda, porque no se sienta á la mesa con nosotros. En medio de esta humildad tan estraña, hay en la buena señora algo de orgullo: reprochándole nosotros aquella prodigalidad inútil, nos respondió que era demasiado rica para privarse de nada y que no habia alterado el orden de su casa. Es materia de admiracion para mí la posicion de la clase media de este pais. ¿Quién sabe lo que el porvenir reserva como destino político, á estos mineros intrépidos, hábiles comerciantes que han centuplicado con su trabajo las riquezas de regiones tan incultas y sobre quienes reposa acaso la fuerza real y los destinos futuros del imperio ruso?

Anteayer comimos casa del general Ozerski, go-

El general Duhamel, gobernador de la Siberia occidental nos ha estado esperando en Tomsk; pero por nuestra tardanza, ha tenido que retirarse á asuntos del servicio. En cambio, su señora nos ha acogido á nuestra llegada con la mas graciosa y amable cortesía. Estando alojada la gobernadora casa de Mr. Astatcheff, jefe de los comerciantes de la ciudad, los mas ricos de entre ellos se han disputado el honor de hospedarnos. Sin embargo, el ayudante Lerche prefiere para nosotros la casa de una señora, vieja viuda, que no sabe qué hacer para pagar el honor de la preferencia. El servicio de mesa es de

bernador de la provincia de Tomsk. Despues de comer dimos un paseo, yendo á visitar el campamento permanente de un batallon de cosacos de á pie que guarnece á Tomsk. Un gran bosque rodea la meseta en que está acampado, y desde donde se domina el curso del rio Tom, que serpentea por medio de un llano á unos 100 pies mas abajo. Una gran construccion de madera, decorada de galerías exteriores, sirve de alojamiento al estado mayor. Los soldados ocupan pequeñas barracas, regularmente distribuidas hácia el campo de maniobras. Al momento de nuestra llegada, empezaron los juegos militares. Monsieur Ozerski hace distribuir premios á los vencedores de trapecio, de trampolin y salto mortal. A la gimnasia sucedieron luego la música y la danza. Los cosacos se formaron en diferentes coros, entonando cantos melancólicos, en que observé la preponderancia de los tonos menores: el efecto era admirable; la



Travesía del Yemisei.